

Hegel y la ciencia de la experiencia de la conciencia

Esther Díaz

esther.diaz@netex.com.ar

Mostrar la sucesión de las diferentes formas o fenómenos de la conciencia hasta llegar al saber absoluto es el tema de la *Fenomenología del espíritu*,¹ donde Hegel brinda el espectáculo intelectual de la elevación de la conciencia humana desde las figuras más elementales hasta su realización. Es una constitución formal y material al mismo tiempo y su despliegue abarca la totalidad del saber. La conciencia se eleva desde el saber sensorial, que es su manifestación primera, hasta el saber del espíritu, que es la forma final y perfecta. La idea que se piensa a sí misma abarca también lo sensible, lo necesita para completarse.

El sistema filosófico hegeliano se propone abarcar la autoconstrucción de la idea. La *Fenomenología* se presenta como ciencia de la experiencia de la conciencia. Es el viaje de la conciencia configurándose, del espíritu manifestándose. La conciencia accede al espíritu siendo ella misma espíritu. Conciencia y espíritu producen un ensamblamiento distribuido en diferentes etapas. En cada una de ellas, el saber y lo que aparece (fenoménicamente) configuran una unidad, una figura. A cada estadio del desarrollo de la conciencia corresponde un estadio de revelación del espíritu. Se trata de un movimiento dialéctico.² El recorrido hegeliano por el espíritu comienza con la *conciencia sensible* y continúa con la *autoconciencia*. Ambas son evocadas en el presente escrito, en el que se alude también a la relación *señor-siervo*, la primera figura del espíritu autoconciente.

En esta perspectiva se sobrevuelan los momentos que preceden a la instancia de la *razón*, con la que se consuma el proceso dialéctico del espíritu subjetivo que, según Hegel, será superado (y conservado) en el objetivo, que a su vez se desplomará y retornará enriquecido integrándose al espíritu absoluto. Para este filósofo la realidad es dialéctica y la ciencia la abarca conceptualmente en su devenir. Ciencia, para Hegel, es filosofía, y filosofía, saber absoluto.³ A la ciencia natural, en cambio, la denomina “ciencia positiva”. Ella es produc-

¹ Cfr. Hegel, G., W., F., *Fenomenología del espíritu*, México, FCE, 1973.

² La dialéctica es un proceso complejo compuesto por tres movimientos, que Hegel llama *afirmación*, *negación* y *negación de la negación* (afirmación, contradicción y superación de la contradicción). Cada uno implica la negación del otro, y cobra sentido en función del todo, es decir, en el tercer movimiento que abarca y contiene a los otros dos. La dialéctica, según esta concepción, no es un método determinado a priori sino la estructura misma de la realidad; de ella surge el método para pensarla. Con palabras que no son de Hegel, se suele llamar a cada instancia tesis, antítesis y síntesis. El desarrollo de la idea, se manifiesta en las esferas del *ser*, la *esencia* y el *concepto* respectivamente.

³ Cuando Hegel se refiera a la ciencia natural moderna la denomina “ciencia positiva” y cuando se refiere a la filosofía en general “ciencia”. Aunque considera que únicamente su filosofía (*su ciencia*) alcanza la cumbre y piensa el espíritu absoluto, pues las filosofías que lo precedieron prepararon el camino para su filosofía abarcadora, mientras en lo histórico se produjo un desarrollo del espíritu –encarnado en acontecimientos concretos– que alcanzó su cumbre en la religión cristiana protestante y en la política del Estado prusiano. Filosofía, política y religión se consumaron en su época, mientras el estadio del arte ya había alcanzado su magnificencia en Grecia antigua.

to del entendimiento, que es abstracto. Su momento histórico-conceptual es la afirmación, no acepta la negación, no conoce la génesis de las cosas en su movimiento. El entendimiento analiza partes de la realidad, formas “muertas” aisladas del todo concreto. Por el contrario, la filosofía de Hegel se propone como pensamiento abarcador del conjunto de lo real. Asomarse a los abismales desarrollos de una conciencia autoproclamada absoluta permite atisbar la magnitud de la filosofía hegeliana y captar alguna de las resonancias conceptuales que –por adhesión o rechazo– se manifiestan tanto en filosofías dialécticas o universalistas, propias de la tradición moderna, como en pensamientos tensionales o perspectivistas, que disienten con esa tradición.

1. Certeza sensible

La certeza sensible es el punto de partida de *La fenomenología del espíritu*. Hegel pretende desarrollar la totalidad del saber, de la conciencia y del espíritu. La conciencia en su plenitud es saber absoluto y universal. El filósofo comienza analizando la conciencia fenoménica, un tema de estudio de la psicología. Pero esta conciencia es “yo” y, a través de su despliegue, deviene conciencia del espíritu del mundo como totalidad. En este sentido es objeto del pensamiento filosófico que, según los parámetros hegelianos, es conocimiento.

En este primer estadio vemos a la conciencia en su forma más inmediata, porque sabe sobre su objeto pero sumida en él, sin tomar distancia. Aún no distingue que el conocimiento surge de una relación compleja. La conciencia incipiente no cae en la cuenta de las multiplicidades que habitan en el proceso del saber. La *certeza sensible* es el momento en que la conciencia cree que lo verdadero es lo que capta de modo inmediato. Esta conciencia no registra ningún intermediario entre los dos miembros de la relación conciencia-objeto. Se ubica temporal y espacialmente frente al objeto y dice “ahora” sé acerca de “esto” que está “aquí”. Para ella no hay en el objeto múltiples cualidades. Hay simplemente un yo y algo, dándose aquí y ahora.

La certeza sensible cree que hay un yo (este) y lo exterior a él (esto) ubicados en un espacio-tiempo (aquí-ahora), nada más. Es un yo sabiendo algo que está fuera de él. Supongamos que le preguntáramos a la conciencia que tiene la certeza de saber lo sensible “¿Cuándo estás conmigo?” y nos contesta “ahora”. Imaginemos que son las ocho de la noche y grabamos esas palabras. Si mañana al mediodía esa persona ya no estuviera frente a mí y escucháramos la grabación, el “ahora” –aunque se mantendría en su registro– estaría vacío de verdad respecto del “ahora” que fue la noche anterior.

¿Qué es lo que hace que la palabra “ahora” connote lo mismo en dos momentos diferentes? Es cierto que ayer fue *ahora* y que en este momento también lo es. El ahora se conserva negando contenidos. Es ahora al mediodía desconociendo el ahora que fue anoche o hace un rato, pero la negación permite que siga manteniendo sentido. Es pura forma indiferente respecto del contenido, una especie de molde vacío. Aquello que lo determina en un momento lo niega en los demás. El ahora es apático respecto de lo que marca en cada instante. Los contenidos son particulares (las ocho de la noche, el mediodía, cualquier instante), la forma es universal (recibe distintos referentes).

El desarrollo que realiza la conciencia hasta llegar al saber absoluto va de lo abstracto a lo concreto. Abstracto, para Hegel, es lo que no está dentro de la totalidad, lo que no es plenamente real. La realidad es el conjunto de las relaciones dialécticas. El *en sí* es potencial, el *para sí* actual, y el *en sí-para sí* la plenitud del desarrollo (el momento más concreto).⁴

La dialéctica hegeliana está dada por una marcha que parte de la convicción que tiene la conciencia de que el saber y lo sabido coinciden. En un primer momento la conciencia tiene la certeza de estar en la verdad, pero es sólo certeza (subjetiva). Existe un segundo momento, en el que la certeza es negada llegando así a la *verdad* (objetiva); en esa instancia una figura del espíritu declina. Cada figura que parece es una nueva etapa que, a la vez, va a ser superada.

Ahora bien, el espíritu sólo llega a lo absoluto a través de su mediación con lo fenoménico, tal como se aprecia desde el comienzo mismo de la *Fenomenología*.⁵ La certeza sensible registra el instante actual como “ahora”, sin embargo en ese momento no advierte que el ahora, por haber devenido universal, ya no es inmediato. El ahora permanece al mediodía porque está negando las ocho de la noche anterior, que también fue un ahora, y sigue persistiendo en el tiempo.

El mismo proceso lo encontramos en lo espacial. Se le pregunta a la conciencia inmediata “¿Qué mirás?”, y responde “esto”. Supongamos que “esto” es una magnolia y escribimos el pequeño diálogo. Unos instantes después lo leemos, pero en ese momento el sujeto de la inmediatez está mirando un cuadro ¿Cómo “esto” antes remitía a una flor y ahora significa un cuadro? La respuesta es que se trata de un universal formal, que adquiere diversas connotaciones sensibles; es flor, es cuadro, es libro, es todos los contenidos posibles. *Esto* es la constante que recibe variables que se niegan unas a otras. En ese ser en la negación está la mediación. Por lo tanto no se trata de una verdad inmediata como creía la conciencia. El ser sensible no puede expresarse en palabras, su expresión universal se obtiene abstrayendo lo sensible.

Hasta aquí se vio el proceso desde la perspectiva del objeto, veamos qué pasa con el sujeto. La verdad, desde el punto de vista del *yo* singular –de ese yo que soy yo y que es cada uno de nosotros–, es que veo algo y digo “esto”; pero esa verdad de mi yo desaparece en la verdad del yo que está diciendo “esto” al mirar otras cosas. Encontramos lo universal pero en el *yo*, que es formal y, como tal, recibe distintos sentidos. Al decir “yo”, por ejemplo, un alumno, enuncia un *yo* que corresponde a un universal abstracto. Sin embargo ese término tiene referente sensible y singular, el hombre que él es. Pongamos por caso que diga también “yo” la profesora-

⁴ El espíritu en su forma más elemental es espíritu subjetivo –conciencia, autoconciencia, razón–, se trata del *en sí*. Pero se niega a sí mismo desplegándose como voluntad libre que se explicita en la acción. Se torna entonces espíritu objetivo, histórico –eticidad, derecho, moralidad–, es el momento del *para sí*. Aunque se niega nuevamente transformándose en espíritu absoluto –religión, arte, filosofía–. En esta última instancia se realiza el conocimiento pleno que, en la teoría hegeliana, únicamente es alcanzado por la filosofía. El espíritu se autoproduce desplegando sus partes y configurándose como todo. Es la realidad, ya que ésta tiene sentido en virtud de que es pensada. El ser, para Hegel, es idéntico al pensar porque es conciencia, tiene la propiedad de volverse sobre sí mismo, de reflexionar. El *concepto* es el pensamiento que se proyecta realizándose en el *en sí-para sí*. La idea abarca todas las determinaciones del pensar y, cuando es absoluta, es la síntesis completa del pensar.

⁵ El saber absoluto es la plenitud de la idea que se realiza en la historia. Cada nueva figura no es únicamente otra, sino también la anterior enriquecida y superada, conservándose en la negación dinámicamente.

ra, y otro sujeto, y otro y otro. El sentido universal se mantendrá a través de las contingencias singulares que, para Hegel, son inesenciales. Las negaciones desaparecen, lo universal persiste: *yo, esto, aquí, ahora*.⁶

La esencia de la certeza sensible es la totalidad de ella y no cosas o individuos. Pero esa conciencia es puro intuir. La certeza cree que “conoce” de manera inmediata. No obstante, vimos que en el trámite de captar lo sensible se le escapa el singular, ya que cuando enuncia “esto” apela a una formalidad que encaja en infinitos objetos. Los universales niegan lo que la certeza creía su verdad. Con esta recusación, que por ser dialéctica conserva en sí lo negado, pasamos a la siguiente modalidad del ser: la percepción.

2. Percepción: la cosa y la conciencia

La percepción, igual que la certeza sensible, parte de la convicción de que lo esencial es el objeto que está fuera de ella. Si el objeto es la esencia, entonces todo lo cambiante provendrá del yo. Pero no es esencial a la cosa que sea percibida o no. En esta nueva figura de la conciencia lo que antes era *esto* ahora se convierte en *cosa*. El objeto de la percepción es *la cosa con sus propiedades*, ya no será *esto* cuando me refiero por ejemplo a una piedra, sino *esta* piedra gris, áspera, ovoide, que pesa cien gramos. La conciencia que percibe descubre lo sensible como algo estable que contiene determinaciones cambiantes. Para Hegel, hay universalidad sensible debajo de los datos. El gris de la piedra se da inmediatamente por medio de la certeza. Sé de ese saber en tanto universal que puede darse también en otros objetos: el gris de la ceniza, de una tela, de los cabellos entrecanos.

Trataremos de seguir el proceso por el cual lo que era *esto* en la certeza sensible, pasa a ser *cosa* en la percepción. En principio la piedra es un *aquí*, es simple, un no desdoblado *esto*. Pero también es múltiple en propiedades, además de gris, es áspera, ovoide, pesa cien gramos, entre otras características. Las propiedades múltiples se compenetrán en un *aquí* unitario. El color no afecta a la textura, ni el peso a la forma. El universal puro es indiferente a las características diferenciales. He ahí la “coseidad”. *Esto* deviene *cosa* como unidad excluyente. La piedra gris, áspera y ovoide excluye a los demás colores, texturas y formas. Contiene la negación de todas las cualidades que no la determinan. Eso que no es, la convierte en unidad en sí misma.

Al tener como objeto a la cosa con sus determinaciones, la conciencia se sabe como conciencia que percibe. Puede separar la reflexión de la simple aprehensión. Las diversidades de las cosas no se “extraen” de ellas, sino del *yo* que capta la unidad en las diferencias. La conciencia es el elemento en el que se producen las separaciones de lo que en la cosa aparece unido. En la piedra del ejemplo *yo* capto las distintas propiedades y la conjunción de ellas. Corresponde a la conciencia saber que lo verdadero de la cosa tiene en sí la diversidad y la unidad. El objeto demuestra, de esta manera doble, que su verdad es una verdad opuesta. Se determina y se diferencia con respecto a las propiedades que no tiene. Si la piedra es gris, ovoide, rugosa, no es amarilla, ni redonda, ni tersa.

⁶ Del mismo modo, lo que supuse en el yo, que era el alumno o la profesora, también desaparece y queda lo universal: simplemente el yo.

La esencia, para Hegel, es la determinación que se logra mediante la negación de todo lo que no es. La cosa se nos ofrece como negación absoluta de ser otra. Está relacionada únicamente consigo misma para poder seguir siendo, niega que sea todo lo otro, pero este negarse a sí misma es quedarse sin esencia, tener su esencia en otro.⁷ Con este movimiento sucumbe la percepción como figura, ya que la cosa se constituye en sus propiedades y se disuelve en el cambio de esas propiedades. Hay algo que se suprime y deviene otro, pero algo que permanece. Esto es lo que ve la percepción que se repliega dentro de sí. Con la complementación y la caída de esta figura la conciencia llega a un nuevo estadio: el entendimiento.

3. Entendimiento: fuerza y leyes

La conciencia que percibe ha llegado a pensamientos reunidos como universales abstractos indiferentes a sus determinaciones, partiendo del ser condicionado, del objeto. Tiene el concepto de la cosa (flor, cuadro, piedra) pero es concepto en sí, ya que no se reconoce a sí misma en ese concepto, para ella es una certeza sensible, y no se encuentra en la constitución del concepto. No se reconoce en el objeto abstraído por el lenguaje. Desde esta conciencia replegada, se abre paso el entendimiento. Aparece cuando lo determinante ya no es lo esencial de la cosa que posee propiedades. Lo primordial no es que la piedra se manifieste como gris, o áspera entre otras particularidades, sino que la interioridad misma se manifieste a la conciencia deviniendo ante sí misma conciencia “conciencia”. La conciencia había llegado al concepto no desplegado, que ahora se manifiesta como *fuerza*, como movimiento de las diferencias establecidas que se unen. Esta unidad se despliega y vuelve nuevamente a retrotraerse. La esencialidad de la cosa –aquel juego de afirmaciones y negaciones entre la cosa y todo lo que ella no es– se aparece a la conciencia como fuerza. Se trata de una categoría del entendimiento propia de la física moderna, que ve al mundo reducido a fuerzas que se atraen y se repelen. El entendimiento, para Hegel, produce una escisión entre mundo fenoménico y mundo suprasensible.

Las propiedades de las cosas constituyen un medio en el que ellas mismas subsisten como materias independientes. Pero el entendimiento las concibe como multiplicidad de diversos universales: gravedad, acción y reacción, inercia, o cualquier otra regularidad atribuida a los fenómenos. El entendimiento concibe al mundo como un sistema de leyes que se penetran recíprocamente y son independientes entre sí. Aquella flor que la certeza sensible señala como *esto*, y la percepción como *cosa*, ahora el entendimiento la arroja a un universo de fuerzas que la disponen según *leyes*. Algo se mantiene en equilibrio regido por una ley, se desploma en virtud de otra ley. También son determinadas leyes las que hacen que se sustenten las propiedades para que algo sea *cosa*, y por otras leyes dejará de serlo; de este magma intelectual surge la ciencia moderna.

Se ha disuelto el mundo en un ser obtenido mediante las categorías del entendimiento, donde las fuerzas se convierten en leyes. La conciencia que ponía la esencia en lo otro (en la cosa percibida), ahora se capta ella misma como interioridad formal de lo otro. Dice Hegel

⁷ También la conciencia, en tanto sujeto, se reconocerá por sus negaciones: no es los objetos, no es los demás sujetos, no es sus relaciones, es en función de todo aquello que la niega.

“se ve que detrás del telón que debe cubrir el interior, no hay nada que ver, a menos que penetremos nosotros mismos tras él”.⁸

4. Autoconciencia

La autoconciencia capta la interioridad. En este primer encuentro de lo exterior consigo mismo el objeto deviene sujeto. El *yo* se sabe como contenido de la relación entre conciencia y objeto y se sabe también como relación en sí. Hasta aquí la conciencia primero era saber de otro, sabía por ejemplo la flor, luego la percibía en sus propiedades, y finalmente la entiende como sistema de fuerzas exteriores. Pero la autoconciencia es la reflexión que se sabe retornando a sí desde el ser otro. No sólo reconoce al objeto, sino también que ella es la conciencia que crea el concepto de ese objeto. En este momento penetramos, según Hegel, en el reino de la *verdad*.

La singularidad es conciencia sensible; la universalidad, percepción; y la fuerza, entendimiento. En los tres casos las esencias son fases de la autoconciencia. Negar y reflexionar es la forma de la autoconciencia. La identidad en la diferencia. A través de la reflexión en sí mismo el objeto deviene *vida*. Y apetece la vida, en ella se produce la autoconciencia. Pero el círculo vital es siempre el mismo, no se desarrolla dialécticamente; todo nace, crece, se reproduce y muere. La autoconciencia, como momento del deambular espiritual, necesita negar la vida, justamente para superar lo meramente vital, para huir de la circularidad biológica.

La autoconciencia comienza teniéndose como yo puro, como universal simple. Está cierta de sí solamente destruyendo al otro, superándolo. Es apetencia que en su certeza de la nulidad del otro lo aniquila. Por ejemplo, tengo sed, apetezco el agua, la tomo y me doy la verdadera certeza, pues lo otro (en este caso el agua) devino para mí de un modo objetivo, satisfizo mi sed. “Pero en la satisfacción la autoconciencia pasa por la experiencia de la independencia de su objeto”.⁹ La conciencia experimenta que el objeto es esencial para su satisfacción, pero no la clausura. Volverá a tener sed, volverá a necesitar agua, la saturación del deseo no llega (a no ser con la muerte). La conciencia se da cuenta que aniquilando al objeto no puede superarlo sino reproducirlo. Ella no logra satisfacerse con ese objeto que responde a una apetencia biológica, para complacerse debe hallar un objeto que se niegue a sí mismo. En consecuencia sólo otra autoconciencia, que lleva la negatividad en sí misma, puede satisfacerla.

El apetito biológico destruye absolutamente al objeto que devora, no hay superación en esta negación absoluta, la superación se da cuando se conserva lo negado; por eso la autoconciencia buscará a otra autoconciencia como objeto. Como ya se dijo, Hegel va desarrollando la experiencia de la conciencia fenoménica al mismo tiempo que el despliegue del espíritu universal. Y analiza conformaciones históricas paradigmáticas de cada nueva meseta conceptual. Consideramos ahora una de ellas, es la primera instancia del accionar de la autoconciencia: la figura del señor y el siervo.

⁸ Hegel, op. cit., p.104.

⁹ Ibidem p.112

4.a. Señor y siervo

La autoconciencia es en sí y para sí en tanto es reconocida por otra autoconciencia. *El ser de lo humano consiste en ser sabido por otro.* Cada autoconciencia es para sí y por lo tanto niega al otro, pero también es para otra autoconciencia, aunque no es para la otra lo que es para sí. Es certeza absoluta de sí misma mientras que para otra autoconciencia aparece como un objeto viviente (dado, independiente). Debe desaparecer la desigualdad entre ser para sí y ser para otro. Para encontrar su verdad cada autoconciencia tiene que hacerse reconocer por la otra tal como ella es, esto se efectuará por la acción de ambas, por un único movimiento desdoblado.

El reconocimiento crea un elemento de vida del espíritu que está por encima de la vida biológica, en el cual el sujeto se encuentra con el otro sin perder su alteridad, que es esencial para la autoconciencia. El desarrollo del reconocimiento, en el estadio del señor y el siervo, desemboca en lucha que pone en juego la vida. Se produce una actividad entrelazada entre conciencias, cada una tiende a la negación abstracta (muerte) con respecto a la otra, arriesgando la propia vida. Sólo si sobrepasa esta situación, se supera a sí misma y se revela como autoconciencia.

Es fundamental para esa reafirmación que la vida pierda su condición de valor último (como lo es para el animal). Sólo entonces llega a la libertad y deja de ser mero viviente. *No muriendo, sino negando la vida, pero conservándola.* En la contienda entre el señor y el siervo encontramos dos autoconciencias, una es pura, independiente: es el señor; y otra que no es para sí, sino para otra, es coseidad dependiente: el siervo. El señor, para llegar a serlo, se mediatizó en la lucha. A través de la tensión con el siervo se reencontró a sí mismo. El amo, en tanto *en sí*, se relaciona inmediatamente consigo mismo (yo soy yo) y, en tanto *para sí*, se efectiviza volviendo a sí mismo mediatizado a través del siervo y de la cosa. Es decir, del trabajo sobre la naturaleza que otro hace para él.

El siervo vale para el señor como negatividad y en tanto negatividad él también es autoconciencia. No obstante el siervo no puede gozar de la cosa, sólo la modifica por medio del trabajo. La relación de ambos con la naturaleza es que el señor depende de ella y la goza; en cambio el siervo se independiza de ella trabajando. La *verdad* de sí de la conciencia independiente está en la conciencia servil, en la que el siervo pone su esencia en lo otro, aunque no logra afirmar su negatividad arriesgando la vida. Pero hace la experiencia de la negatividad absoluta (muerte) por medio del temor. El verdadero señor que domina al siervo es “el temblor total”. En el servir está objetivada la angustia ante la muerte. La negatividad es para sí en el siervo, pero si la conciencia fuera sólo esta experiencia, no sería autoconciencia, necesita adquirir realidad. El siervo se humaniza en el trabajo y por medio de él niega dialécticamente su coseidad.

La esencia del señor, en cambio, es la pura abstracción del yo, puesto que no trabaja. Trabajar es volverse otro alejándose de sí mismo en la acción. En el trabajo el siervo se ve a sí mismo en el objeto trabajado. Esta autoconciencia pasa de la acción al pensamiento. El pensamiento seguirá la línea del siervo que es la única que queda abierta para que la autoconciencia continúe desplegándose. El siervo que no puede alcanzar la realización de su ser para sí —es decir la libertad— prolonga su acción a lo mental pensándose libre, aunque en realidad no lo es ya que es libre sólo en el pensamiento.

Se hunde así la figura del señor y el siervo y llegamos a la libertad de la autoconciencia: el *estoicismo*, el *escepticismo* y la *conciencia desdichada* (cristianismo). El estoicismo es la negatividad del orden del mundo, el escepticismo la negación de las cosas del mundo y la conciencia desdichada la negatividad de sí misma. La autoconciencia sucumbe y resurge enriquecida en el momento siguiente: la razón.

5. Razón

Con la razón se cumple el desarrollo de la conciencia individual, en el grado siguiente comienza el espíritu mismo. Esta conciencia individual, aunque aquí está tratada en un plano metafísico, es la misma conciencia que el objeto de la psicología, no así su totalidad, que sólo se logra al final del desarrollo del espíritu como objeto de la filosofía.

La autoconciencia al volverse razón es idealismo. Cree que la realidad es ella misma y ve en su propio pensamiento el concepto de la realidad. Hegel, en el momento de la razón, expone la actitud del hombre moderno. Su postura es compartida por toda empresa teórica o práctica de la modernidad, cuyas certezas provienen del *yo*. En ese momento histórico conceptual la razón –que aún es entendimiento– se concibe como autónoma en ella misma (este estadio alcanza su paroxismo en el idealismo subjetivo de Kant). Refiriéndose a ese estamento del desarrollo de la conciencia, que se corresponde con la consolidación histórica de la ciencia natural, dice Hegel: “El principio de la independencia de la razón, de su autonomía absoluta en ella misma, debe ser considerado de ahora en más como un principio universal de la filosofía, pero también uno de los prejuicios de nuestro tiempo”.¹⁰

* * *

La *fenomenología* es un viaje en que el espíritu, que está como en fermentación en la naturaleza, se arranca de ella y vuelve a sí como espíritu subjetivo, en el proceso dialéctico es la afirmación. Los momentos del espíritu *subjetivo* contienen distintas figuras que constituyen el *en sí* del espíritu. Este espíritu deviene *objetivo* cuando se produce la negación de la subjetividad, sale de sí y se proyecta en la comunidad. Sus figuras conforman el momento del *para sí* del espíritu. Al completarse el espíritu regresa hacia sí, en un movimiento que niega a los otros dos y los abarca. Se trata del *en sí-para sí*. Es el momento de la idea *absoluta* conciente de sí, que comprende que la naturaleza y el hombre son posibles en tanto son abrazados por el concepto. Al desaparecer la oposición sujeto-objeto la realidad cobra sentido, el espíritu se completa (tal como lo concibe Hegel) como *sujeto que se realiza absolutamente y conoce la totalidad de la realidad*.

La magnitud de la filosofía hegeliana –consumada en sí misma– “consumió” los sistemas filosóficos. Después de Hegel la historia del pensamiento no ha registrado algo similar. Pues

¹⁰ Hegel, G.W.F. *La ciencia de la lógica*, Buenos Aires, Hachette, 1968, p. 168.

si bien el marxismo puede leerse como un sistema, ya no lo es en el sentido hegeliano, como espíritu que se piensa a sí mismo a partir de la idea. Marx piensa a partir de las condiciones materiales de existencia y su teoría se propone como praxis para el cambio de la realidad. No obstante, el intenso sistema hegeliano además de aportar elementos indispensables al método y la crítica marxistas, brindó material conceptual ineludible para la filosofía, adquiriendo múltiples persistencias.

En los últimos párrafos de la *Fenomenología del espíritu* se ha querido interpretar el anuncio del fin de la historia. Hegel mismo creyó estar asistiendo al fin de la filosofía. La historia y la filosofía no obstante se renuevan. También las ciencias, pues a pesar de que se desplomaron las certezas absolutas de la mecánica newtoniana, no por ello desapareció la física. Tanto la filosofía como las ciencias, más que cerrarse en sí mismas, se abren a diferentes posibilidades conceptuales y despejan espacios para el desarrollo de pensamientos que –como los de Hegel en su momento– perpetúan y renuevan la tarea de interpretar la realidad; aunque ya no se busque la filosofía como sistema, sino más bien la filosofía como problema.